



En su segundo piso de la Plaza Falgère, Ribeyro, el gran novelista expresa su honda nostalgia del Perú.

PERUANOS EN LAS BARRICADAS DE PARÍS

Julio Ramón Ribeyro, el peruano silencioso que es uno de los grandes de la narrativa latinoamericana, habla en estas páginas sobre su creación, sobre los tempestuosos acontecimientos de mayo de 1968 en París, sobre literatura europea y sobre la perspectiva del Perú actual visto desde Europa por un peruano que vive allí hace diez años. César Lévano, quien había llegado a París de vacaciones, aprovechó para conversar largamente con Ribeyro y con el pintor Alfredo Ruiz Rosas, quien habita en un edificio de cristal de la Isla San Luis, en el Sena, que es como un mirador enfocado sobre el acontecer parisiense. De esas conversaciones, cargadas de experiencia humana y artística, surge un panorama de cultura, política y vida referente a un Perú en trance de modernización y un París que no es sólo capital de frivolidades y modas de todo género, sino de algo más valioso.

OTONO demoró este año en llegar a París. Mediaba octubre; pero el sol inundaba de esplendor suave las calles. En la Plaza Falgère, una dorada claridad entraba por las ventanas de la casa de Julio Ramón Ribeyro, el gran novelista peruano. El artista vive hace diez años en la capital francesa trabajando como traductor para vivir y creando en silencio y soledad una obra narrativa que, si no tan resonante como la de Mario Vargas Llosa, es por lo menos tan importante como ésta, y, desde luego, una de las más profundas de la América Latina de hoy.

La luz dorada y tranquila autumnal parecía mandada hacer para la charla que sostuvimos allí, días atrás, con Julio Ramón. El es, como se sabe, escritor sumamente lúcido y sobrio; su estilo es cálido, minucioso y calmado.

Conocemos a Ribeyro desde hace muchos años. Ambos trabajábamos juntos como traductores en la Agencia France-Presse hasta que él se marchó a Francia. Allí es traductor en las oficinas principales de la misma agencia de noticias, en turnos de siete horas consecutivas, sea de mañana, tarde o malanoche. "Pero, a pesar de lo fatigado del empleo, es un buen horario para un escritor que tiene que trabajar para comer".

No se ha borrado de nuestra memoria la intensidad y la paciencia con que Ribeyro sintetizaba un texto cablegráfico llegaba en francés hasta dejarlo en la versión castellana más descarnada y breve, en la que había sin embargo músculo. Es decir, animación, elocuencia, vida. Esa misma virtud es la que ha elevado desde su temprana edad al plano artístico para recrear nuestro mundo peruano en novelas, cuentos

y una obra de teatro de prolepsis brechtiana: "Santiago el Pajarero". La imagen de Santiago Zapata, el hombre a quien los doctores de la Iglesia colonial condenaron por afirmar la capacidad de vuelo del animal humano, en violación sacrilega de las leyes de Dios y los enunciados de Aristóteles.

Tallarines y literatura

No fue propiamente una entrevista periodística lo que sostuvimos con Ribeyro. "No apuntes", nos dijo. "Tú tienes buena memoria. Después lo traspones todo como te parezca". Se equivocaba sobre mi memoria; pero, precisamente, me olvidé de decirlo. Y fue así cómo hablamos durante horas prácticamente de todo y sobre todo. Del Perú, cuyo rostro se halla en libros, ceramios, telas, en la casita pequeñoburguesa que el escritor y su



Mayo de 1968: "para los estudiantes un funeral; para los obreros, otra cosa".

Fotos y Textos César Lévano

Ruiz Rosas, un pintor moderno y visionario y el lirismo.



familia han transformado con toques de arte y de bohemia. La literatura francesa. De los acontecimientos de mayo que conmocionaron el año pasado a París y a Francia entera.

Ribeyro nos había invitado a almorzar en su casa. Se trataba en realidad de unos tallarines muy franceses (su esposa está en Lima, y aunque él es excelente cocinero, la charla no era propicia para exquisiteces de *gourmet*). Días después, en el estudio del notable pintor peruano Alfredo Ruiz Rosas, también radicado y perfeccionando su arte en París, se iba a repetir el plato. Tallarines y conversación. Regados en ambos casos por generoso vino tinto de los viñedos de Francia.

En el transcurso de la charla hablamos sobre el prodigioso accidente ocurrido con la última edición francesa de un libro de Ribeyro. Juan Gonzalo Rose ha relatado el caso en estas mismas páginas (ver CARETAS N° 400): en la solapa del libro, la foto de un negro como si fuera la del autor. "Tuve que exigir, dijo Ribeyro, que se retirara de la circulación los ejemplares. Algunos se habían vendido ya. Lo que han hecho después es cortar la solapa en que aparecía la foto. No tenía ningún prejuicio o interés personal. Simplemente, si dejaba el libro tal cual, la gente iba a pensar: "se trata de un autor negro tan cosmopolita, tan "superado", que se ha olvidado de toda la problemática racial". Nadie se hubiera podido explicar ese exceso, así como nadie se puede explicar hasta hoy cómo demonios apareció la foto allí".

Ribeyro habla del caso sin pasión. Como de un accidente curioso y ajeno en la historia de la literatura. Con igual naturalidad se refiere a que tiene lista para la imprenta una colección de todos sus cuentos. "Allí, dijo, señalando a su escritorio, tengo un paquete de ellos. Quiero liquidar el relato corto para consagrarme a la novela". La misma razón dio cuando le preguntamos si no había escrito nuevas obras de teatro.

En cuanto a su voluminosa novela sobre la época de Odría, novela terminada hace tres años, todavía anda en busca de editor. Es el viejo problema de los escritores del tercer mundo que no tienen la fama avasalladora de un Vargas Llosa.

Claro que en el caso de Julio Ramón es más inexplicable que en otros. En primer lugar, por la calidad. Además, porque es ya uno de los peruanos posteriores a Ventura García Calderón que han sido más traducidos a otros idiomas. En su biblioteca, que avanza codiciosamente hacia el balcón de su casa, vimos junto con muchos libros de y sobre Flaubert, algunos tomos elocuentes. Por ejemplo, "Le plus belle nouvelle di tutti i paesi" (Los relatos más bellos de todos los países); "24 Erzähler der Welt" (24 narradores del mundo); "Perù in Erzählungen des besten zeitgenössischen Autoren" (Perú en la narración de los mejores autores contemporáneos). Esos volúmenes en italiano y alemán, junto con otros en francés y en inglés, en húngaro y en noruego (ninguno, inexplicablemente, en ruso) contienen trabajos de Ribeyro. En otros casos hay traducciones independientes de "Crónica de San Gabriel", imagen artística de la decadencia de la cla-

se latifundiaría en el Perú, o de "Gallinazos sin plumas"; ese marullo de cuentos cuyo relato principal ha dado la vuelta al mundo.

Largo rato conversamos con Ribeyro sobre la situación del Perú, que él conoce más o menos bien gracias a su empleo en France-Presse. (No es ese el caso de la mayoría de los peruanos en París, y menos del francés medio. El gran público no sabe allí ni jota de nuestra situación y nuestros problemas. Tiene una idea lejana y pintoresca, igual que siempre. Un artículo en "Le Monde", cada dos o tres meses, en medio de un farrago de noticias sobre Vietnam y Líbano o estudios sobre el filósofo Heidegger, no van a cambiar la situación. En "France-Soir", de lejos el diario más leído de los franceses, se ha estado publicando durante varias semanas una serie de página sobre Edith Piaf. Durante cinco días se dio espacio a un conjunto de artículos sobre la América Latina. El dedicado a nuestro país se titulaba: "Los generales socialistas del Perú"...)

El hecho es que Ribeyro expresó su deseo de regresar a la patria. Está interesado esencialmente como escritor. "Estuve conversando el otro día con Vargas Llosa sobre la necesidad del retorno. La realidad misma del país tiene que haber cambiado en estos años. Hay una cosa que me interesa mucho: escuchar a la gente. Yo hago hablar a mis personajes como hablaban hace veinte años".

El arte europeo

Cuando tocamos los temas de la literatura europea, Ribeyro muestra su agudeza crítica. Sobre Fernando Arrabal, el dramaturgo español, celebrado en París y alejados, nos dijo, por ejemplo: "Las piezas de Arrabal son una especie de caricatura de la burguesía; pero nada más que una caricatura. La burguesía acepta esos rasgos como deliciosos".

En cuanto a la novela francesa contemporánea, su juicio es no menos ácido. "Para mí, después de los grandes novelistas del siglo pasado, no ha aparecido nada nuevo. Todo el *nouveau roman* me parece bastante aburrido y con un interés puramente escolar. El último gran autor es Céline, el fascista Céline; otro que me gusta es Raymond Queneau, un viejo lleno de juventud, lleno de ideas. O Genet".

Sobre lo ocurrido con su última novela: "Los penicillos donacionales"; casi dolía hablar. Se trata, como se sabe, de una gran novela. De una obra, diría yo, que está destinada a ser clásica en las letras hispanoamericanas. Un fresco pintado con microscopio sobre la alta y mediana sociedad urbana del Perú, sobre Lima y, en particular, sobre la pequeña burguesía intelectual.

(Textos entresacados de esta novela: Sobre la novelaría de los intelectuales:

"Ves, dijo Segismundo, qué poco basta para alborotar a los geniecillos. Uno infringe la más pequeña norma de conducta y ya se sienten transportados".

Sobre la frivolidad en las ideas: "De todos los grupos del patio de Letras le llegaban nombres propios, redondos y limpios, casi siempre los mismos, Heidegger, Camus, Moravia, Ortega. Era como un juego de malabares: cuando

un nombre era lanzado, empezaba a rebotar de boca en boca, de corrillo en corrillo, hasta que al fin lo dejaba caer y de inmediato surgía otro nombre, que corría la misma suerte, irrigaba el páramo de una inteligencia, alimentaba una pasión, enriquecía un repertorio o iba simplemente a sepultarse en el desván de las ideas hechas o de las inquietudes atrofiadas".

Sobre la Universidad Católica: "Esa casa había sido legada a la Universidad por un católico que murió en olor de santidad, de prostatitis, y el olor perduraba, en medio de códigos e hijos de banqueros".)

Como se recordará, el texto de esta novela salió hecho leña en las ediciones limeñas de Manuel Scorza (ahora está lista una trabajada con pulcritud por una editorial de México).

Cuando hablamos de esta obra, Ribeyro nos dijo: "A ese libro lo perjudica una lectura en busca del modelo de los personajes. No pasa así, por ejemplo, cuando leemos "La educación sentimental" de Flaubert. Esa obra tuvo también sus modelos. Pero la novela es otra cosa. Es otra realidad". Ciertamente, los jóvenes intelectuales de los cafés "revolucionarios" de siempre, no se pueden mostrar tan serenos.

La "Revolución" de mayo

En la charla con Ribeyro así como en la que más tarde tuvimos con Ruiz Rosas evocamos los acontecimientos de mayo del año pasado. En esencia, las opiniones de estos peruanos que vivieron como testigos en el corazón del drama, es coincidente.

"Cuando los obreros entraron a participar, expresó Ribeyro, allí sí el Ejército y la policía actuaron con dureza suma. Los obreros pensaban: "a nosotros si nos meten bala". Lo que para los estudiantes era una aventura primaveral, para los obreros era una cuestión de vida o muerte".

Ruiz Rosas: "Además, de Gaulle procedió con gran astucia. Desapareció una noche de París. Se fue a conferenciar con el General Massu, veterano de Vietnam y de Argelia, en Baden-Baden, cuartel general de las tropas francesas en Alemania Occidental. Cualquier crisis sería hubiese puesto en acción no sólo los tanques que rodeaban a París, sino todos los ejércitos del Tratado del Atlántico Norte". "Los pequeñoburgueses que exigían tomar el poder se encargaban de dividir a la izquierda, y hubieran sido los primeros en correr en caso de que se hubiese derramado sangre a torrentes. Y ¡vaya que hubiese corrido! Era una provocación para aplastar las conquistas de los trabajadores franceses".

Ribeyro. "Los estudiantes luchaban a la antigua con un ejército muy a la moderna. En el boulevard Saint Michel, las barricadas eran deshechas por los tanques en sólo tres horas".

En la casa de Ribeyro, o en la *Cité Internationale des Arts*, Palacio de cristal para plásticos y músicos en que Ruiz Rosas tiene su estudio, Francia se nos aparecía otra vez como un gran teatro de la historia, en que los acontecimientos de la literatura o de la sociedad se labran, a veces lentamente, hasta adquirir proyecciones enormes, cargadas de sentido y destino para toda la humanidad.